

Liderazgo y espíritu emprendedor

CAP 5 | EDICIÓN 1 | FEB • 2022



LAS VOCES DE LOS OTROS

La inmensidad de Bogotá hace que a ratos sea fácil olvidar que existan otras voces, otras comunidades que nos enriquecen como país. Valentina, Wilson y Felipe nos recuerdan que Colombia está más allá de los muros y hablan por ellos.

POR JORGE HERNÁNDEZ

A

unque de los tres solo Wilson habla ‘runa shimi’ (la lengua del hombre usada por los Yanacona), Valentina y Felipe han trabajado también por favorecer a otras comunidades. Desde los emprendimientos de Felipe para facilitar la vida de los campesinos, los sueños de Valentina para ayudar a los discapacitados, y los semilleros culturales en los que Wilson promueve las creencias ancestrales de las indígenas de Colombia, los tres, sin conocerse, han cruzado caminos.

Wilson lo ha hecho trayendo el conocimiento heredado de su tierra; Felipe, generando modelos de negocios para favorecer a otras comunidades, y Valentina, batallando por otros colectivos mientras lucha por su sueño de llegar a la ONU.

Sus personalidades no pueden ser más distintas, su tono de voz, sus expresiones, su estado de ánimo, pero al hablar de un

tema en común –sus proyectos de vida–, los tres entran en sintonía. Un espacio compartido donde los tres luchan para darle un espacio a otras voces.

| LA VALIENTE Y GUERRERA LEONA

“Soy una fiera cuando defiendo a otros...”, dice León, **Valentina León**. Y es curioso que lo diga, porque su nombre denota valor en todos sus componentes. “... pero cuando son cosas más, que me afectan, me pongo nerviosa”, agrega.

Pero la verdad es que no parece nerviosa: es una guerrera de 20 años que cursa séptimo semestre de Relaciones Internacionales en el Rosario. Pero, ¿guerrera... por qué?





Porque hace parte de una de las mejores universidades del país gracias a una beca que se ganó a pulso. Porque salió a estudiar una profesión que implicaba aprender otro idioma y que estudió por su cuenta. Porque lucha por los ideales de otros. Porque ha sufrido y percibe cosas que otros ignoran.

“¿Has visto el espacio que hay entre la estación de transmilenio y el bus?”, pregunta. “Por supuesto”, es la respuesta que recibe por cortesía. “¿Sabes lo grande que es ese espacio para una persona en silla de ruedas?”, vuelve a preguntar.

Valentina lo sabe porque su madre usa una; ella es una persona con discapacidad. Valentina sabe lo que es pelear por otros y lo hace bien, aunque cuando le toca pelear por ella no es la más diestra.

| Soñando con la ONU

Pero en la cancha de baloncesto del Colegio Distrital Menorah, Valentina era otra cosa. “Era mi espacio para dejar de pensar, para soltar la adrenalina”, recuerda. Y se hizo tan buena que ganó la beca de la Escuela Deportiva Totto-Menorah. Gracias a ello pudo cumplir el sueño que tenía desde octavo grado: estudiar una carrera que le permitiera llegar a la ONU

“Me obsesioné desde esa edad y empecé a buscar qué carreras debía estudiar para llegar allá”. Además se involucró en todas las actividades que tuvieran que ver con esa organización, aunque para cumplirlas debiera estudiar los fines de semana.

Actualmente, hace cuentas, ya lleva nueve años involucrada con estas actividades. Y en la universidad sigue involucrada a través del MUNUR –el Modelo de Naciones Unidas de la Universidad del Rosario–, ONURosario y UR Diplomats.

→ **“Soy una fiera cuando defiendo a otros...”**, dice León, Valentina León. Y es curioso que lo diga, porque su nombre denota valor en todos sus componentes.



Reconoce que gracias a su dedicación cuando llegó a la universidad ya conocía muchos de los temas que se relacionaban con la ONU. Y es que aparte de ser una meta en su vida también la ha ayudado a crecer como persona.

“Estar en el colegio con esos temas me ayudó a desarrollar habilidades de oratoria, cultura general, de lobby, a escribir rápidamente...”, cuenta orgullosa.

En la universidad, y como parte de esa vocación, ha realizado trabajos que la han involucrado con líderes de diversas etnias destacando el papel de la mujer indígena en la comunidad internacional.

| Fetiches y creencias

Pero claro, a Valentina tampoco le faltan los defectos y confiesa que siente placer al corchar a los profesores con preguntas que no se esperaban o cuándo estos le responden: “Esa es una excelente pregunta...”.

Cristiana, es hija única, reconoce que extraña el baloncesto, pero no ha podido volver a practicarlo por las exigencias académicas de la beca y por sus aspiraciones profesionales.



SUS PERSONALIDADES NO PUEDEN SER MÁS DISTINTAS, PERO AL HABLAR DE UN TEMA EN COMÚN –SUS PROYECTOS DE VIDA–, LOS TRES ENTRAN EN SINTONÍA. UN ESPACIO COMPARTIDO DONDE LOS TRES LUCHAN PARA DARLE UN ESPACIO A OTRAS VOCES.

“Ñoña, a mucho honor”, reconoce. Y cuenta que cuando estaba en el colegio soñaba con ir a otros países a trabajar sin descanso por los derechos de los refugiados; pero ahora ha descubierto su vocación por la niñez, las necesidades de los discapacitados y las minorías.

Al preguntarle qué aprendió al trabajar con esos grupos asegura que muchas cosas, porque es otra forma de ver la vida, y recuerda una respuesta que le dio una mujer indígena al preguntarle ¿qué era la paz? “Es –le respondió ella– como un río, solo se obtiene si este fluye”.

| LA ALEGRÍA SE LLAMA WILSON

Wilson Fernando Barón llegó tarde a la entrevista, pero fue imposible enojarse con él porque desparramaba alegría.



Es de esas personas que ríen constantemente y de forma contagiosa, y al mismo tiempo tienen algo profundo en lo que dicen. Tal vez sea porque es un yanacona.

Los yanacona son una comunidad indígena de más 47 mil personas que residen en los departamentos de Cauca, Huila, Putumayo, Quindío, Valle del Cauca y Cundinamarca.

Wilson vivía en Palestina (Huila), donde aprendió medicina tradicional de su padre, el iacha (“sabedor” en la lengua Yanacona), un conocimiento que aplicó en Bogotá cuando llegó a los 19 años en busca de un mejor futuro para él y su comunidad.

En la capital entró en contacto con las 14 comunidades indígenas que tienen presencia allí, pero a pesar de su apoyo no fue fácil. “Lo que yo sabía, al comienzo, era moverme solo en las estaciones de Transmilenio y no me gustaba salir mucho”. Y es que Bogotá no solo era grande, también tenía fama de peligrosa.

Pero tal vez lo que más duro le dio no fue el clima, el temor o la complejidad de la ciudad. Era la comida. “Es de las primeras cosas que nos enseñan los abuelos y es a comer bien, siempre a la misma hora”.

Pero aprendió a desenvolverse en el caos bogotano y, siguiendo la línea de la familia, acabó estudiando algo relacionado con la salud: enfermería, una carrera que tuvo que dejar por inconvenientes económicos. Pero el gusto por la medicina no lo abandonaría.

| El Rosario y los semilleros

“Entrar al Rosario ha sido una de las mejores experiencias de mi vida”, confiesa, y recuerda que pudo hacerlo gracias a una beca que consiguió a través de la Organización Nacional Indígena de Colombia (Onic) y el Icetex.

← **Wilson Barón quiere volver con su comunidad para compartir** lo aprendido y volver a hablar en Runa Shimi, ‘la lengua del hombre’, como se denomina el lenguaje de los yanacona.





DESDE LOS EMPRENDIMIENTOS DE FELIPE PARA FACILITAR LA VIDA DE LOS CAMPESINOS, LOS SUEÑOS DE VALENTINA PARA AYUDAR A LOS DISCAPACITADOS, Y LOS SEMILLEROS CULTURALES EN LOS QUE WILSON PROMUEVE LAS CREENCIAS ANCESTRALES DE LAS INDÍGENAS DE COLOMBIA, LOS TRES, SIN CONOCERSE, HAN CRUZADO CAMINOS.

“Me hicieron varias pruebas de conocimiento propio y occidental. Afortunadamente tuve un buen puntaje y por eso salí favorecido con la beca”. Así terminó en el Rosario estudiando lo que sería su nuevo amor: la fisioterapia.

Pero al mismo tiempo, estaba decidido a aprovechar las nuevas oportunidades que le daba la universidad para promover su cultura y dividió su tiempo entre dos semilleros que lo ayudaron con ese propósito.

Por una parte, y conforme con su carácter –“siempre intenté ser una persona alegre”, destaca–, hace parte del semillero musical del Rosario gracias a su destreza con la guitarra, el charango, la quena, la zampoña y los instrumentos de percusión. Pero su género musical preferido no es la música andina, como uno podría creer por los instrumentos mencionados; son las baladas.

| Michka sumak allinkay

El otro semillero en el que Wilson divide sus esfuerzos lleva un nombre indígena que quiere decir “Buena siembra de salud intercultural”. Michka sumak allinkay es una iniciativa que nació para dar a conocer la sabiduría ancestral que hombres como su padre han traído hasta nuestros días.

De esta forma, el semillero se convirtió en un espacio de investigación donde se invitó a muchos mayores de diversas comunidades para compartir sus conocimientos.

Por cierto, esos semilleros corresponden a la división UR Intercultural, un lugar donde estudiantes de diversas minorías y etnias ayudan a recordar lo grande que es Colombia y toda la riqueza que se aloja lejos de las urbes.

Wilson, aunque feliz la mayor parte del tiempo, sigue creyendo que vivir en Bogotá es muy duro y no puede evitar las comparaciones con su tierra: “Allá no hay problema si tienes hambre. No hay que rebuscarse para pagar un arriendo. Lo tenemos todo, agua,

fuego, familia. Lo necesario para vivir”. Por eso quiere volver con su comunidad para compartir lo aprendido y volver a hablar en Runa Shimi, “la lengua del hombre”, como se denomina el lenguaje de los yanacona.

| DE LOS CHOCOLATES A LAS LEYES

Andrés Felipe Serrano sabía, desde muy pequeño, que le gustaban los negocios. “Era de los niños que vendían chocolates a los otros niños. A los vecinos”, recuerda entre risas. Y la verdad, lo lleva en la sangre.

Mi familia paterna es emprendedora. Mi abuelo fue un emprendedor que llevo las primeras cajas registradoras a muchos municipios de Colombia y mi abuela una artista que siempre piensa ‘fuera de la caja’. De ahí la semilla emprendedora e innovadora”, afirma con orgullo.

Contrario a lo que podría pensarse a simple vista, Felipe no acabó en la facultad de economía o administración; en su lugar entró a estudiar Ciencia Política, aunque tiempo después se enamoró del Derecho.

Pero que eso no los engañe: en esencia, Felipe es un emprendedor, de aquellos líderes con una mirada aguda capaz de detectar vacíos, oportunidades de mercado, y necesidades que deben ser atendidas. Por eso, no es raro que haya acabado creando un emprendimiento para ayudar a los campesinos.

| Los primeros emprendimientos

Raíces Agromarket fue uno de sus ‘hijos’, un emprendimiento que creó junto con unos amigos, buscando conectar a los campesinos con los consumidores. Su visión era tan ambiciosa que logró participar internacionalmente en iniciativas como el Programa Hult Prize.



Pero mantener un emprendimiento no es fácil. “Con la pandemia, el negocio se tornó inviable”, recuerda al tiempo que regresaban a su mente las diferencias que tuvo con otros socios fundadores, que lo motivaron a renunciar como CEO de la empresa y a vender su participación.

“Fue triste dejarlo porque Raices Agromarket era mi bebé, pero gracias a él aprendí demasiado, de logística, de negocios... Logramos cosas importantes”, dice con una mezcla de orgullo y nostalgia. Entonces tenía 22 años.

Otro de los grandes aprendizajes que le dejó este emprendimiento fue personal. “Uno de mis defectos, y que está ligado al liderazgo, es el ego. El ego a veces no te deja escuchar a los otros, pero estoy aprendiendo a mejorar, a manejarlo de una forma mejor”.

Y esas lecciones las está aplicando con su nuevo emprendimiento, IURA (<https://iuralegal.com/>), una iniciativa

↑ **Andrés Felipe Serrano (izq.)** en el Premio del Concurso Hult Prize UR, acompañado por Melisa Triana, el rector, Alejandro Cheyne y Santiago Serrano.

que mezcla lo mejor de sus mundos: las leyes y los negocios, con la tecnología. A grandes rasgos, Iura busca conectar a las personas que necesiten asesoría legal con los abogados a través de una plataforma digital.

| La primera venta...

Obviamente, mantener los estudios al tiempo con los negocios tiene un costo sobre un recurso finito: el tiempo. Y por eso encontrar una pareja no iba a ser algo tan sencillo, a menos que fuera alguien tan ocupada con sus cosas como él. “Me la tuve que conseguir médico”, admite entre risas.

Claro, esos esfuerzos empresariales también le han dejado grandes satisfacciones, como cuando admite, con algo de vergüenza: “La primera venta que no es de tu familia es lo mejor del mundo. Es uno de los sentimientos más bonitos que hay”.

Felipe es el hermano mayor de su familia y su amor por la Universidad del Rosario es tal que cuenta que es contagiosa. “Mi hermano Santiago está estudiando en octavo semestre y mi otro hermano, Juancho (Juan David), va a empezar a estudiar Administración en logística y producción”.

Al final de la entrevista, Felipe se despidió con una sonrisa nerviosa y confiesa: “Es mi primera entrevista”. Y la verdad –le respondimos con franqueza– estamos seguros de que no será la última. 